



CARTA DEL SR. OBISPO DE OSMA-SORIA MONS. GERARDO MELGAR VICIOSA

**Experimenta esta Cuaresma
la alegría de la acogida y el perdón de Dios
y sentirás su amor en tu corazón**

Mis queridos diocesanos:

Hay pocas parábolas tan conocidas como la del hijo pródigo y el Padre bueno. Y pocas que reflejen, a la vez, la realidad del hombre respecto al pecado y la de Dios respecto al pecador.

En la parábola del hijo pródigo y el Padre bueno se hace una descripción de lo que es el pecado, de las condiciones para salir de él y de las actitudes que Dios tiene con el pecador que vuelve a casa.

El pecado aparece descrito como un alejamiento de Dios para ser más libre y feliz. Un olvidarse de Dios para ser feliz y disfrutar de la libertad. Ésta es la actitud de aquel hijo: estaba en la casa paterna y quiere buscar su felicidad y su libertad plenas fuera, alejado del padre; por eso le pide la herencia y se va.

Podríamos decir que ésta es la actitud de nuestra sociedad laicista que ha optado por olvidarse de Dios, por vivir como si Dios no existiera, creyendo que Dios le impide ser feliz, creyendo y vociferando que si se cree en Dios uno no puede ser feliz. De ahí que tantos hombres y mujeres de nuestro tiempo buscan su felicidad al margen de Dios.

Consecuencia de esta búsqueda de la felicidad al margen de Dios es la sensación de fracaso, el hambre, la soledad y el vacío que deja esa falsa felicidad y el recuerdo de lo bien que se estaba en la casa paterna y lo mal que se siente ahora fuera de ella.

Es la actitud de tanta gente que después de haberlo probado todo, de buscar la felicidad al margen de Dios, siente que está vacía, que necesita encontrar sentido a la vida, al sufrimiento, al trabajo, a la solidaridad y que esa vida, vivida así, no se lo da; de ahí que tanto se sientan solos, asqueados y vacíos.

Aquel hijo sintiéndose solo, vacío, con hambre, ante la situación de miseria por la que está pasando, empieza a añorar lo que ha dejado, la abundancia de pan que tienen todos los que están en la casa de su padre, y siente la ausencia de cariño y la soledad.

Empieza a percibir su equivocación; empieza a tener conciencia del camino equivocado que ha emprendido y que le ha llevado no a la felicidad sino a la nada, a la miseria más absoluta, al vacío más tremendo.

Y cuando ha tomado conciencia de su error comienza a nacer en él la esperanza de volver a encontrar la felicidad perdida y comienza a decirse a sí mismo: “me levantaré, iré a mi padre y le diré...”.

El tomar conciencia del pecado es la condición indispensable para que el pecador pueda emprender su camino de regreso, de vuelta a Dios. No puede buscarse el perdón de Dios ni de los demás si no se tiene conciencia del error cometido, del pecado vivido.

El hombre actual ha perdido el sentido del pecado. El pecado, se dice, es algo superado, una expresión de la cultura pre-moderna. Es un tabú inventado por las religiones e iglesias para seguir dominando las conciencias. Como mucho se habla del pecado reduciéndolo a lo puramente social, sin consecuencias personales ni dimensión trascendente.

A la vez se va perdiendo el convencimiento de que el pecado es algo real e importante y se reduce a un fallo humano, a la debilidad humana, debilitando así el sentido teológico del pecado.

Pero el pecado es algo real. Se trata de la actitud del hombre que encamina su vida por un camino contrario al que Dios le señala; es esa misma actitud de quien busca la felicidad por el camino que él cree que va a ser feliz, prescindiendo de Dios y obrando contra lo que Él le pide.

Se hace necesario, queridos diocesanos, recuperar nuestra conciencia de pecado, de que nos hemos separado de Dios y de sus caminos y necesitamos volver a Él si queremos ser felices. Si no lo hacemos seguiremos sintiéndonos vacíos, solos y fracasados, y no encontraremos sentido a la vida ni a todo lo que en ella nos acontece.

Es necesario que el hombre actual, tú y yo, nos demos cuenta de que nuestra vida es una vida tantas veces separada de Dios para así poder emprender nuestro camino de vuelta a Él y experimentar la alegría de ser acogidos y perdonados por Él. Es necesario que, como el hijo pródigo, nos digamos a nosotros mismos: “Me levantaré, iré a mi Padre y seguro que mi Padre me perdonará”.

Aquel hijo había preparado el discurso para soltárselo a su Padre porque desconfiaba que Él pudiera perdonar lo mal que se había portado. Sin embargo el Padre que estaba pendiente siempre de su vuelta, que salía al camino a ver si lo veía venir diariamente, cuando de lejos le ve llegar, corre hacia él y se abraza a su cuello lleno de alegría y manda preparar una fiesta porque el Hijo ha vuelto, porque estaba perdido y lo ha encontrado.

Nosotros a veces desconfiamos también. Creemos que Dios no puede perdonarnos; tenemos una imagen demasiado humana de Dios y creemos que Él no puede perdonar quizá tanto pecado como hemos cometido.

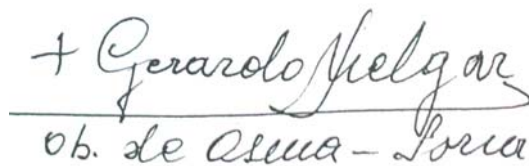
¡Qué error tan grande! Dios es ese Padre infinitamente misericordioso, capaz de perdonar siempre. Es más: a cada momento llama a las puertas de

nuestro corazón, nos espera con los brazos abiertos para darnos su abrazo de amor y de perdón por muchos y por muy graves que sean nuestros pecados. Sí, queridos diocesanos: por muchos y muy graves que sean nuestros pecados, infinitamente mayor es su misericordia con nosotros.

La Cuaresma es un tiempo especial de gracia, de conversión, de vuelta a Dios para que nos perdone y así poder volver a vivir como hijos suyos. Sólo tendremos que darnos cuenta de nuestro pecado, de nuestra separación de Él, arrepentirnos y pedirle perdón a Él y a los demás por medio del sacramento del perdón.

Acerquémonos con confianza al perdón que el Señor y la Iglesia nos ofrecen -a través del perdón del sacerdote como representante de Dios y ministro de la Iglesia- en el sacramento de la reconciliación. No nos privemos en esta Cuaresma de tener en nosotros la experiencia y la alegría de ser acogidos, abrazados y perdonados por nuestro Padre Dios. El Señor nos espera con los brazos abiertos para cerrarlos sobre nosotros en un abrazo de cariño, de acogida, de amor y de perdón. Sólo tenemos que acercarnos a esos brazos extendidos y dejar que Dios nos abrace, nos acoja y se alegre de nuestra vuelta.

A todos os bendigo y os abrazo,



+ Gerardo Melgar
Ob. de Osma - Soria

✠ Mons. Gerardo Melgar Viciosa
Obispo de Osma-Soria